



Conferencia Episcopal de Colombia

Departamento de Catequesis y Animación Bíblica

Septiembre

mes

de la

BIBLIA

2025

Perseverantes en la Comunión
(Hch 2,42)

Perseverantes en la Comunión

Septiembre, mes de la Biblia

Monseñor Francisco Javier Múnera Correa, IMC
Presidente de la CEC

Monseñor Gabriel Ángel Villa Vahos
Vicepresidente de la CEC

Monseñor Germán Medina Acosta
Secretario General de la CEC

Comisión Episcopal de Catequesis y Animación Bíblica:

Monseñor Pedro Manuel Salamanca Mantilla
Presidente

Miembros:

Monseñor José Libardo Garcés Monsalve
Monseñor Rodrigo Gallego Trujillo
Monseñor Jaime Alberto Cabrera Arcos

Padre Francisco León Oquendo Góez
Director Departamento de Catequesis
y Animación Bíblica

Conferencia Episcopal de Colombia
Bogotá, septiembre de 2025

TABLA DE CONTENIDO

4	Presentación
5	Introducción
7	El sacrificio de comunión
15	La comunión de los hermanos como Don de Dios
22	Una comunión viva y vivificadora
31	Comunión y Eucaristía

PRESENTACIÓN

Como desde hace varios años, el Departamento de Catequesis y Animación Bíblica de la Conferencia Episcopal de Colombia ofrece a las diferentes comunidades de discípulos misioneros de nuestra Iglesia colombiana una serie de subsidios para la lectura meditada y orante de la Palabra de Dios durante el mes de la Biblia, mes que es un tiempo propicio para valorar de manera especial el don de las Sagradas Escrituras y para motivar la frecuentación más asidua de la Palabra de Dios.

La categoría de la Animación bíblica de la pastoral significa que la Palabra de Dios debe informar y vivificar toda la acción evangelizadora de la Iglesia. No se reduce, entonces, a la realización de cursos bíblicos, sin desconocer la importancia que estos pueden tener, precisamente para favorecer que la Palabra despliegue toda su fuerza en el corazón de los creyentes y en el desarrollo de la tarea misionera de la Iglesia.

El tema escogido en esta oportunidad para articular los cuatro subsidios es el de la comunión que es el aspecto básico y la raíz más profunda de la sinodalidad. Esta temática se inscribe en la línea del Sínodo sobre la Sinodalidad, convocado por el Papa Francisco, y está en profunda consonancia con el llamado del Papa León XIV a cuidar y fomentar la unidad, esa unidad que solo es posible en el Uno, es decir, en Jesucristo.

En el pasaje de la vid y los sarmientos se equipara la permanencia de Jesús en nosotros con la permanencia de sus palabras en nosotros. Fijémonos una vez más en el paralelismo existente entre dos de sus versículos: “El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto...” (Jn 15,5). Por otra parte, “Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y se lo concederán” (Jn 15,7). La permanencia de Jesús en nosotros se da mediante la permanencia de sus palabras en nuestro corazón.

Agradezco al padre Francisco León Oquendo Góez la organización de esta propuesta, así como a quienes asumieron la preparación de los talleres de Lectio Divina para este subsidio.

Auguro, finalmente, que este material llegue a muchos fieles y a las pequeñas comunidades que alimentan su fe, esperanza y caridad mediante con la Palabra que es necesaria para que permanezcamos en Jesús y así produzcamos abundantes frutos.

+ *Pedro Manuel Salamanca Mantilla*

Presidente de la Comisión Episcopal de Catequesis y Animación Bíblica

INTRODUCCIÓN

PERSEVERANTES EN LA COMUNIÓN (HCH 2,42)

El *Documento final del Sínodo* (DF) presenta la comunión como la primera de las tres piedras angulares de la sinodalidad (DF 142). En el mes de la Biblia el pueblo de Dios es invitado a acercarse a la palabra del Eterno, mediante la *lectio divina*, para encontrar en ella inspiración para vivir la comunión.

La comunión en la comunidad es fruto de la comunión en la piedad, es decir, la comunión con Dios fundamenta la comunión con los demás y la comunión con los demás expresa la comunión con Dios. Por ello, la comunidad del pueblo de Israel, en el desierto, practica los sacrificios de comunión, pues sin comunión con Dios se debilita la comunión en la asamblea de Dios. El padre Johnatan Antonio Medina Lozano, de la Arquidiócesis de Tunja, presenta una detallada exégesis de Levítico 3, donde se trata sobre los sacrificios de comunión.

La comunión se genera cuando se vive el valor de la fraternidad, convirtiéndose en aceite fino que perfuma sanando y sana perfumando. El pueblo sacerdotal que vive la hermandad rocía por el mundo la fragancia de la comunión, rica, refrescante, fecunda, como el rocío que baja del Hermón. El padre Ángel María Ordoñez Muñoz, de la Diócesis de Pasto, presenta una interpretación interpelante del Salmo 133, indicando la comunión de los hermanos como don de Dios.

La comunión es uno de los rasgos distintivos de la Iglesia, cuyos miembros tienen en común la perseverancia en ella. Fundamentada en la enseñanza de los Apóstoles, la comunión vive y se expresa en la fracción del pan (la Eucaristía), se proyecta y refuerza en las oraciones. El padre William Vásquez Alarcón OP presenta la Iglesia como comunión viva y vivificadora, a partir de Hch 2,42-47. Su interpretación y actualización destacan la importancia de esta característica de la Iglesia que ha de brillar en todo su esplendor en la Iglesia sinodal.

La Iglesia es comunión y “mediante la Eucaristía la Iglesia vive y crece continuamente” (LG 26). El padre Gabriel Jaime Gómez Gutiérrez, de la Diócesis de Girardota, interpreta el paso donde se halla la primera alusión explícita a la Eucaristía, cronológicamente hablando, en el Nuevo Testamento: 1Cor 10,14-22. Desde su primera entrada en escena en la Escritura, la Eucaristía aparece en estrecha relación con la comunión.

La Sagrada Escritura contiene la revelación del Dios Trinidad, misterio de comunión. Que la lectura meditada, orada, contemplativa y activa de la Biblia en este mes dedicado a ella, ayude a todos a vivir la comunión que se contempla en Dios, pues “en el corazón de la vida divina está la comunión, el don absoluto” (VD 6).

“Preocúpate de la unidad, pues nada hay mejor que ella”, escribe San Ignacio de Antioquía, padre de la Iglesia (*IPol* 1,2). La meditación de la Sagrada Escritura en nuestras comunidades eclesiales fortifique la comunión y sea un testimonio vivo de comunión en nuestra sociedad polarizada. Unidos en torno a los textos sagrados descubramos la belleza vital y vitalidad bella de la comunión que brota de una relación viva que no aísla, sino que abre a Dios y a los demás, convirtiendo la vida en danza festiva y fiesta gozosa, porque “Dios no es estático, no está cerrado en sí mismo. Es comunión, relación viva entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se abre a la humanidad y al mundo. La teología llama a esta realidad *pericoreisis*, es decir, “danza”: una danza de amor recíproco” (León XIV, *Homilía en la solemnidad de la Santísima Trinidad*,15/06/2025).

P. Francisco León Oquendo Góez

Director del Departamento de Catequesis y Biblia

EL SACRIFICIO DE COMUNIÓN

Una invitación a Caminar Juntos

Padre Johnatan Antonio Medina Lozano

Antes de iniciar:

“En la celebración del sacramento de la misericordia de Dios nos sentimos amados incondicionalmente: la dureza de los corazones ha sido superada y nos abre a la comunión. Por eso queremos ser una Iglesia misericordiosa, capaz de compartir con todos el perdón y la reconciliación que vienen de Dios: pura gracia de la que no somos dueños, sino sólo testigos” (DF 6). Mediante los distintos sacrificios de la antigua alianza, el pueblo de Dios hacía experiencia de la misericordia de Dios que perdonaba su pecado y restituía la comunión perdida. Dispongamos el corazón y preparemos el texto de Levítico 3 que presenta el llamado “sacrificio de comunión”.

Conviene ambientar el espacio de encuentro con signos de reconciliación, como, por ejemplo, la cruz, en medio de la asamblea, pues en la cruz Cristo ofrece el verdadero sacrificio de comunión.

1. Iniciemos:

“Exhorto a todos los fieles a reavivar el encuentro personal y comunitario con Cristo, Verbo de la Vida que se ha hecho visible, y a ser sus anunciadores para que el don de la vida divina, la comunión, se extienda cada vez más por todo el mundo” (VD 2). Dispón tu corazón para acoger a los demás y acoger la Palabra santa.

Invocamos la presencia del Señor con un canto o un himno al Espíritu de Dios. Nos unimos con la siguiente oración.

Oh Espíritu Santo,
que inspiraste a los escritores sagrados y aleteas en las Sagradas Letras. Asístenos en la lectura de la divina Palabra. Abre nuestra mente para amar con todo nuestro pensamiento; abre nuestro corazón, para amar con todo sentimiento; ábrenos a la Palabra de Dios, para amar con todo nuestro comportamiento. Tú eres

el autor de la comunión. Que gracias a tu luz encontremos en la Sagrada Escritura inspiración para vivir la comunión y construirla con nuestro pensamiento, sentimiento y comportamiento. Que la comunión celebrada, vivida, testimoniada, sea la mejor expresión de la Palabra compartida. Amén.

1. Leemos (*Lectio* o lectura):

La lectura (*lectio*) del texto suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo? Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos (VD 87)

Leeremos el pasaje de Levítico 3:

3:1 Cuando su ofrenda sea un sacrificio de comunión: Si es de ganado mayor, ofrecerá al Señor un macho o una hembra sin defecto. 2 Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará a la entrada de la tienda del encuentro. Los sacerdotes aaronitas rociarán con la sangre el altar por todos los lados. 3 Del sacrificio de comunión ofrecerá en oblación al Señor la grasa que envuelve las vísceras y su gordura, 4 los

dos riñones con su grasa, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los riñones: todo esto lo apartará. 5 Los aaronitas la dejarán quemarse sobre el altar, sobre el holocausto, sobre la leña, sobre el fuego. Es una ofrenda de aroma que aplaca al Señor.

6 Si es de ganado menor, ofrecerá al Señor un macho o una hembra sin defecto. 7 Si es un cordero lo que ofrece, lo llevará a la presencia del Señor. 8 Pondrá

la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará ante la tienda del encuentro. Los sacerdotes aaronitas rociarán con la sangre el altar por todos los lados. 9 Del sacrificio de comunión ofrecerán en oblación al Señor la grasa, la cola entera cortada desde la rabadilla, la grasa que envuelve las vísceras y sus gorduras: 10 los dos riñones con su grasa, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los riñones: todo esto lo apartará. 11 El sacerdote la dejará quemarse sobre el altar. Es comida en oblación al Señor.

12 Si es un cabrito lo que ofrece, lo llevará a la presencia del Señor. 13 Pondrá la mano sobre la cabeza de

la víctima y la degollará ante la tienda del encuentro. Los sacerdotes aaronitas rociarán con la sangre el altar por todos los lados. 14 De él ofrecerán en oblación al Señor la grasa que envuelve las vísceras y sus gorduras, 15 los dos riñones con su grasa, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los riñones: todo esto lo apartará. 16 El sacerdote lo dejará quemarse sobre el altar. Es comida en oblación de aroma que aplaca al Señor. Toda grasa le pertenece al Señor. 17 Ley perpetua para todas vuestras generaciones y en todos vuestros poblados: no comeréis grasa ni sangre.

2. Meditamos (*meditatio* o meditación):

“Sigue la meditación (*meditatio*) en la que la cuestión es: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros? Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente” (VD 86).

El libro del Levítico, llamado así por la versión griega de los setenta, en razón a la descripción de los diferentes sacrificios que deben ser llevados a cabo por los sacerdotes y sus ayudantes (levitas), es un libro que por su mismo contenido no ha sido suficientemente valorado, ni es el favorito a la hora de meditar o contemplar la Palabra, pero que encuentra en Cristo su sentido y plenitud.

No obstante, ofrece una riqueza sin igual, como toda la Palabra, que es necesario poner de manifiesto en esta ocasión. Para eso, cumpliremos un triple itinerario 1. Un breve recorrido sobre el libro y su ubicación en el pentateuco. 2. Una breve introducción al libro y finalmente, el texto propuesto de estudio: el sacrificio

de comunión (Lv 3).

En cuanto a su ubicación en el pentateuco, el Levítico está justo en toda la mitad: Génesis y Éxodo lo preceden, mientras Números y Deuteronomio lo suceden.

Esto no es casual, pues normalmente esta ubicación es un privilegio en el contexto bíblico, por cuanto indica el corazón de un pensamiento, un centro que se debe guardar con atención. Y cómo no, si el escenario en el que nos encontramos es justo el desierto del Sinaí (Ex 19,1), delante de la intimidad que proyecta la Tienda del Encuentro (Lv 1,1), y no se irá el pueblo de allí hasta Nm 10,11-12, después de haber recibido las instrucciones del Señor, una vez haya vivido el pueblo intimidad con Él. Estamos así, delante del corazón del

Pentateuco donde Dios ha indicado qué y cómo obrar al pueblo. De hecho, de los cerca de 613 preceptos que tiene la ley judía, al menos 247 están en este libro.

Así, es el libro que indica cómo estar en intimidad con Dios, cómo transmitirla y vivirla con los hermanos, y cómo vivir y caminar juntos en auténtica comunión.

En segundo lugar, el libro resulta casi incomprensible para nosotros, peregrinos del siglo XXI, pues las leyes que prescribe son de por sí impracticables hoy, incomprensibles y hasta cierto punto producen repugnancia, por todo esto de la sangre, la grasa y el modo como deben ofrecerse.

Sin embargo, aquello que marca el libro del Levítico, es el sentido de caminar juntos como pueblo, entorno a Dios. La comunión vivida en torno a Dios. Diríamos que el entero libro tiene un objetivo y es marcar el santo (qādoš), la santidad de Dios, que debe ser seguida por el pueblo (Lv 11,44-45; 19,2; 20,7.26). Esta santidad se obtiene no solo por la obediencia a los preceptos rituales, sino que implica también una situación moral.

El objetivo de todos estos ritos y sacrificios, no es otro que conservar el orden establecido por Dios, desde la creación misma, por lo que en ellos se reconoce a Dios como tal, dador de todo bien, se expían los pecados para volver a ese orden y se restablece la comunión con Él y con los hermanos. En fin, todo esto para que el pueblo camine con Dios hacia la tierra prometida, y los miembros del pueblo caminen juntos, en ejemplar comunión, hacia Dios.

Así, el libro entero se mueve entre leyes (Lv 1-15), narraciones (Lv 8-10), invitaciones a incorporar ciertas conductas (parénesis Lv 18-26), pero todas con el objetivo de propiciarlo santo (qādoš).

Ahora, pasando al tercer punto, el texto está inmerso en la primera parte del libro, llamado “leyes de Sacrificios y ofrendas” (Lv 1-7).

Los capítulos primero al quinto, ofrecen cinco tipos diferentes de ofrenda (qorbān). El primero es el holocausto (ōlām) (Lv 1), el segundo es la ofrenda vegetal (minhāh) (Lv 2), la tercera es la ofrenda de comunión (zebāh šālāmîm) (Lv 3), la cuarta es la ofrenda por el pecado inadvertido (ḥaṭṭā’t) (Lv 4) y la quinta la ofrenda por el pecado de omisión (Lv 5).

Nuestro tema de reflexión es justo el capítulo tercero que refiere los sacrificios de comunión (zebāh šālāmîm), y son tres los tipos de sacrificios de comunión, no porque busquen un objetivo diferente o sea distinto el oferente, sino por la clase de víctima: bovino “bāqār” Lv 3,1-5, ovino “šō’n” Lv 3,6-11 o caprino “’eš” Lv 3,12-16.

El nombre: “zebāh šālāmîm”, es en sí mismo difícil de traducir, o al menos con precisión absoluta. La palabra “šālāmîm” puede proceder de varias palabras. La más común es “šālôm” paz. Es decir, la ofrenda o sacrificio es de paz, o para traer paz. Por eso, algunos prefieren decir ofrenda o sacrificio pacífico. Otros haciendo referencia a la lengua académica dicen que procede de “šālim” que significa alianza, para indicar que es un sacrificio que se hace para entrar en alianza (tener un pacto con alguien produce paz). Otros estudiosos a su vez, precisan que viene de “šālēm” que indica estar bien o producir bienestar, estar completo. Así sería un sacrificio u ofrenda para estar bien, o que produce plenitud. Sin entrar a discusiones más serias, la idea que transmite es la de un sacrificio que produce paz, bienestar, plenitud, cuando se está en armonía con Dios y con los demás.

El sacrificio tenía seis pasos: 1. La presentación de la ofrenda. 2. La colocación de la mano sobre la cabeza del animal. 3. Muerte del animal (degollado). 4. Manipulación de la sangre (se vierte sobre el altar). 5. El ofrecimiento de la grasa. 6. Combustión de la grasa. Los pasos 1, 2, 3 y 5 eran ejecutados por el oferente mientras que 4 y 6 eran exclusivos del sacerdote. Esto debido a que tanto la sangre como la grasa pertenecen a Dios. La sangre porque es el signo de vida, mientras que la grasa es signo de la fuerza, ambas pertenecen y son exclusivas de Dios y no se pueden consumir (Lv 3,17). Violar este precepto acarrea gran castigo para el pueblo, pues es darse a sí mismo tal poder que solo corresponde a Dios, como lo advierte la historia de los hijos del sacerdote Elí en 2Sam 2,12-15.

Cuando se hace la presentación de la ofrenda, se usa la palabra "qorbān" que significa ofrenda. Es importante mencionar que también el verbo "ofrecer" (hiqrîb) y la palabra vísceras o interior (qereb) tienen la misma raíz "qrb". Esto no es casualidad, sino un movimiento que se prescribe al momento de hacer el sacrificio. El oferente se acerca, "ofrece /acerca su ofrenda", y lo hace entregando las vísceras, indicando también que ofrece lo más íntimo. Eso ya sugiere al lector que no es un movimiento externo, sino un ofrecimiento de sí mismo a Dios y a sus hermanos, simbolizado en la víctima que presenta. Gracias al contacto que hay con la sangre y con el altar, esa ofrenda deja de ser profana y se convierte en sagrada, y por este medio, el oferente también sufre una transformación en su propio ser. Dios y el hombre comparten ahora, y Dios se hace solidario con el destino del hombre.

Una de las características de la ofrenda es que sea sin defecto, es decir, íntegro (tāmîm). Curiosamente, esta palabra referida a las víctimas, también descri-

be la conducta de hombres como Noé Gn 6,9 y Abraham Gn 17,1, como personas íntegras, llenas de honra. De este modo, la ofrenda representa al oferente en ese acto de querer ser íntegro a los ojos de Dios. De nuevo, la intimidad del corazón y esta integralidad de la ofrenda, indican el deseo profundo del corazón del hombre en entrar a caminar con sus hermanos hacia Dios mismo: en paz con Él.

A la víctima se le impone la mano. El verbo "imponer" (sāmak), sugiere una especie de posesión del oferente a la víctima. Es decir, que la ofrenda es simbólicamente el oferente mismo, así como ocurre en Lv 16,21 con el chivo expiatorio. Ahora más que nunca se entiende por qué ésta debe ser sin defecto.

El siguiente paso es degollarlo. El verbo "šāhat" (degollar) es usado previamente en Gn 22,10 y Gn 37,31, en donde se habla de un contexto de intercambio de víctimas. En el primero, Abraham intercambia a Isaac por el cordero y en el segundo pasaje, la sangre del cabrito, hace las veces de la sangre de José que será vendido a los comerciantes. En ambos casos los hombres son intercambiados por animales, que reflejan la interioridad de un plan maravilloso que Dios tenía preparado. En el primero, Dios lo intercambia habiendo visto la integridad (tāmîm) de Abraham; en el segundo el plan íntimo e íntegro que Dios tenía con José, como soldado de avanzada en su estadía en Egipto para que se convirtiera en salvación para su propio padre y sus hermanos que lo habían traicionado. Aquí, en nuestro texto hay un intercambio, pero siempre en la espera gozosa de la salvación de Dios a la humanidad.

Luego los sacerdotes vierten la sangre sobre el altar. La palabra que usa el texto hebreo es "zāraq" que se traduce con verter. Este paso compete solo al sa-

cerdote. La sangre es portadora de la vida, y por eso junto con la grasa que representa la fuerza, pertenece exclusivamente a Dios. Se hace el derramamiento de sangre porque ella, al ser vida, tiene la capacidad de expiar Lv 17,11.

Ahora el oferente desarrolla su última función descrita que es la de entregar al sacerdote la grasa que cubre el interior (vísceras), las vísceras mismas, los lomos con su grasa, los dos riñones con su grasa y el hígado. Como ya indicábamos, la grasa significa la fuerza de Dios; solo a Él le pertenece. Así como a los reyes se les ofrece lo mejor, cómo no ofrecer lo mejor a Dios, el Soberano absoluto. De otro lado, se ofrecen los riñones porque se cree son el signo de la conciencia, de la intimidad del hombre (Sal 16,7; Jr 12,2). De nuevo el papel de la intimidad adquiere una gran preponderancia. Algunos estudiosos sugieren que el hígado es quemado, como un querer distanciarse de las culturas circunvecinas, pues éste era usado para artes de adivinación paganas.

Por último, se debe quemar lo entregado al sacerdote (combustión de la víctima). La palabra “qāṭar” (quemar) indica un sacrificio que se quema y asciende hasta Dios como el humo. De hecho, la palabra incienso, “qəṭōret”, tienen la misma raíz (Ex 40,27). Esta grasa es el pan (leḥem) para el Señor, sube para ser su parte, mientras que el oferente toma la propia (carne).

Todo esto se convierte en un mandato (ḥuqqqāh) eterno que se ha de observar siempre y en todo lugar, incluso para las futuras generaciones (Lv 3,17). El hecho que sea una comida, subraya el sacrificio de comunión como un punto de encuentro entre Dios y el hombre, pero también entre los hombres.

Pero ¿puede este rito realmente hacernos entrar en comunión, como lo advierte la misma carta a los hebreos? (Hb 9,13-14; 10,3-4).

La teología Joánica se preocupa por responder a esta pregunta y la resuelve retomando este lenguaje, ahora simbólico de nuestro texto aplicando estas palabras a Cristo y lo llama “el Cordero” (Jn 1,29), y le añade el apelativo “degollado” (esfagēs) en el libro del Apocalipsis (Ap 5,9), el mismo verbo que usa la versión de los setenta para indicar (Lv 3,2) que debe ser degollada la ofrenda. De este modo, podríamos indicar que Cristo es el cordero degollado, el verdadero sacrificio de paz, de comunión, la nueva alianza sellada con su sangre, la víctima perfecta (tāmîm) que nos lleva a estar bien, a tener plenitud.

Es el Padre quien se ha acercado (hiqrîb) a nosotros y nos ha dado lo más íntimo (qereb) de Sí: su Hijo, y nos lo ha ofrecido como ofrenda perpetua que debe ser observada (ḥuqqqāh) hasta su vuelta. Todo para que caminemos juntos: Él delante de nosotros como columna de nube luminosa en la oscuridad de nuestras incertidumbres, como nube esplendorosa que nos protege de los abrasadores problemas de la vida, en compañía de nuestros hermanos. Eso es aquello que ha hecho Dios.

De nuestra parte, ¿estamos en disposición de entregarle lo mejor de nosotros mismos, reconocerlo como nuestro Dios, volviendo al orden natural que Él nos ofrece y caminar juntos con nuestros hermanos, renunciando a nuestro egoísmo haciendo de nuestra vida un verdadero lugar de encuentro con el otro hacia la casa del Padre? Dios Padre, así lo ha pensado. Es nuestra tarea responderle. ¿Es usted consciente de que Cristo se ofreció a sí mismo para hacer posible la comunión con Dios y con los demás? ¿Qué sacrificios

hace usted para vivir en comunión con los otros en la Iglesia?
“El amor a la unidad puede encubrir la multitud de los pecados” (San Agustín, TB 5,2,2)

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. **¿Qué ME dice el texto?**
¿Qué NOS dice el texto? Aprovecha las líneas para escribir:

Nos confrontamos (*collatio* o confrontación):

¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto? ¿Qué exhortación ofreces para edificar y fortalecer la comunidad?

Comparte con la comunidad, en modo exhortativo, el fruto de la meditación, de manera que todos se sientan edificados, porque llamados a la comunión. Realicemos la participación confiriendo la palabra a todos y otorgando a todos la escucha activa.

3. Oramos (*oratio* u oración):

“Se llega sucesivamente al momento de la oración (*oratio*), que supone la pregunta: ¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra? La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia” (VD 87).

Escriba una oración personal dirigida a Dios, para pronunciarla en comunión con los demás. Respondemos: ayúdanos a vivir en comunión, Señor:

4. Contemplamos (contemplatio o contemplación):

“Por último, la *lectio divina* concluye con la contemplación (*contemplatio*), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: **¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?**” (VD 87)

Escriba su respuesta. La contemplación del rostro de Dios que la palabra nos presenta ha de motivarnos a vivir en comunión, para que nuestras comunidades sean un reflejo vivo de lo que Dios es.

“La *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad” (VD 87). **¿Qué acción concreta está dispuesto a llevar a cabo para que la comunión en su comunidad y con la Iglesia sea cada vez mejor?**

El encuentro termina regalando un abrazo a los demás ante la cruz del Señor, pues Cristo abraza al mundo en la cruz para darnos la comunión.

LA COMUNIÓN DE LOS HERMANOS COMO DON DE DIOS

Salmo 133

Padre Ángel María Ordoñez Muñoz

Antes de iniciar:

“La sinodalidad indica la específica forma de vivir y obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora” (DF 31). La comunión se vive en la fraternidad y la fraternidad expresa la comunión. Nos preparamos para encontrarnos con el bello Salmo 133 cuya fragancia huele a fraternidad comunal y comunión fraterna. Escribió San Agustín: “la armonía comienza por la unidad y es bella gracias a la igualdad y a la simetría y se une por el orden” (*Mu 6,17,56*).

Conviene ambientar el espacio de encuentro con signos de fraternidad o un signo relacionado con la lectura: aceite, una fragancia especial o una prenda sacerdotal.

1. Iniciemos:

“Comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia” (VD 2). En comunión fraterna, preparamos el corazón para escuchar la palabra de Dios.

Invocamos la presencia del Señor con un canto o un himno al Espíritu de Dios. Nos unimos a la oración que propone el papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti*:

Dios nuestro, Trinidad de amor, desde la fuerza comunitaria de tu intimidad divina derrama en nosotros el río del amor fraterno. Danos ese amor que se reflejaba en los gestos de Jesús, en su familia de Nazaret y en la primera comunidad cristiana.

Concede a los cristianos que vivamos el Evangelio y podamos reconocer a Cristo en cada ser humano, para verlo crucificado en las angustias de los abandonados

y olvidados de este mundo y resucitado en cada hermano que se levanta.

Ven, Espíritu Santo, muéstranos tu hermosura reflejada en todos los pueblos de la tierra, para descubrir que todos son importantes, que todos son necesarios, que son rostros diferentes de la misma humanidad que amas. Amén.

1. Leemos (*Lectio* o *lectura*):

La lectura (lectio) del texto suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo? Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos (VD 87)

Leamos o escuchemos el texto sagrado:

Salmo 133

Canción de las subidas. De David.

1 ¡Oh, ¡qué bueno, qué dulce, habitar los hermanos todos juntos!

2 Como un ungüento fino en la cabeza, que baja por la barba,
que baja por la barba de Aarón, hasta la orla de sus vestiduras.

3 Como el rocío del Hermón que baja por las alturas de Sión; allí Yahveh la bendición dispensa, la vida para siempre.

Leamos personalmente el texto descubriendo las fibras que lo componen: lugares, personajes, colores, olores, actitudes, partes del cuerpo, vestidos, paisajes, escenarios litúrgicos, etc. Comparte con la comunidad la frase o versículos que te ha llamado la atención.

2. Meditamos (*meditatio* o meditación):

“Sigue la meditación (meditatio) en la que la cuestión es: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros? Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente” (VD 86).

El Salmo 133 pertenece a la colección de los salmos de subida, y cierra esta sección con broche de oro. Después del viaje a Jerusalén, “Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor” (Sal 121), el punto culminante no es solo la llegada al templo, sino la revelación más profunda: la unidad entre los hermanos. La comunión de los hermanos no es sólo un signo externo, sino una experiencia divina. La armonía entre los hermanos es tanto una bendición como una señal del Reino de Dios manifestado en la tierra. Dios quiere que la humanidad viva como una sola familia, como una comunidad -comunión- de hermanos, y así lo expresa en varios momentos la Sagrada Escritura. El salmista exalta este sueño hecho realidad: “¡Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos!” (133,1). El mundo actual con grandes aportes para la humanidad se contrapone con la individualidad y soledad de tantas personas. De la misma manera, algunos pensadores han hecho aportes para construir una sociedad en comunión y fraternidad. “Hermanos todos” es la invitación del Papa Francisco frente a una sociedad dominada por la indiferencia. La Iglesia nos invita hoy a ser personas de comunión, a mayor comunión con Dios más armonía entre los hermanos.

¡Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos!

Al leer el mundo actual encontramos muchos hechos que destruyen la comunión de la humanidad y hacen

insuportable la convivencia humana. Las guerras destruyen la vida de los pueblos, la sociedad tecnológica cada día construye personas más solitarias, indiferentes y estériles a la hora de relacionarse con los demás. El ritmo de vida en las personas ha cambiado muchísimo, más cansados, agobiados, deprimidos, ansiosos, y las adicciones cada día ganan espacio ofreciendo evadir la realidad y los problemas.

Ante esto, la comunión ha sido un desafío para el hombre que crea divisiones, rivalidades, competencias e incluso violencia que suprime al otro. En la Sagrada Escritura encontramos esta constante: el libro del Génesis nos narra la enemistad que termina en la muerte de Abel por parte de Caín, el conflicto entre Esaú y Jacob, la rivalidad de los hijos de Jacob que venden a José a unos mercaderes egipcios. Cuando en el pueblo de Israel se establece la monarquía aparecen los desencuentros entre los reyes, por ejemplo, David y Saúl. En este contexto los profetas fueron garantes y defensores de la Alianza con Dios, fuente de comunión con él y los hermanos.

En el Nuevo Testamento, frente a las divisiones, Jesús insiste en la fraternidad: “entre ustedes son hermanos” (Mt 23,8); en la oración, el Divino Salvador pide al Padre que todos sean uno (Jn 17,21). El libro de los Hechos de los Apóstoles narra el ideal de una comunidad que vive la experiencia pascual y el fruto visible de ese acontecimiento es la comunión (Hch 2,44-45 y 4,32-35). San Pablo afirma que por el evangelio “ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús”

(Ga 3,28). A pesar de tanto camino recorrido, la vida en comunión sigue siendo un desafío hasta el día de hoy.

La comunión de los hermanos, la vida fraterna no solamente está presente en la Palabra de Dios. La cultura griega, fuerza intelectual de la cultura occidental, reflexiona sobre el “convivir los hermanos unidos”. La fraternidad – hermandad era un punto de apoyo para la conformación de las sociedades como grupos de familias o clanes que eran capaces de tener principios comunes. Posteriormente, Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, introduce el término “amistad” (Philia), como una virtud para la práctica de una vida ética que busca el beneficio mutuo, el amor fraternal.

Los siglos XX y XXI y el presente han sido testigos del gran cambio estructural de las sociedades y de la mente humana. El crecimiento de la idea de progreso en la modernidad ha ido deteriorando la vida familiar, social, religiosa, a lo cual se suman los grandes conflictos y el relativismo, que tanto denunció Benedicto XVI.

La vuelta al subjetivismo ontológico propuesto en la modernidad también ha dado un nuevo giro. Se quiere rescatar la visión del “YO”, en la perspectiva de no ser solo un ente enfrentándose al mundo, sino una mirada al otro. El término “Alteridad” acuñado por Edmund Husserl en una conferencia de 1929, que luego pasará a ser más conocido por Levinas como principio ético, argumenta que el otro no es otro porque me conviene o me es útil, sino porque el otro puede ser ese yo-mismo, es decir el hombre que hay enfrente es humano, ontológicamente el otro es un rostro, como una experiencia subjetiva de mi reconocimiento, el otro exige de mí, pensamiento y responsabilidad.

“Hermanos todos”, (en italiano, “Fratelli tutti”) es la tercera encíclica del Papa Francisco, publicada en 2020, sobre la fraternidad y la amistad social. Invita a

construir puentes, fomentar la unidad entre todas las personas, más allá de sus diferencias. La encíclica enfatiza la importancia de reconocer a todos como hermanos. De la misma manera, promueve la construcción de una sociedad donde prime la solidaridad, el respeto mutuo y la colaboración para el bien común.

Ante el exceso de información es necesario promover el diálogo como herramienta para la construcción de la paz y la comprensión entre personas diferentes. Se invita a todos los hombres y mujeres a contribuir a la construcción de un mundo más fraterno y justo, donde se valore la dignidad de cada persona.

La comunión don de Dios: aceite y rocío que se desliza generosamente

En el cuerpo del Salmo 133, en los versículos 2-3 con su fuerza poética que expresa la armonía de los hermanos juntos, se vale de dos imágenes dominantes: la del aceite que corre por la barba de Aarón y la del rocío que fecunda las laderas del monte Hermón.

El aceite de oliva era un artículo de lujo en la cultura de la época, no sólo por su valor gastronómico, sino por sus usos religiosos, medicinales y cosméticos. Era codiciado por las élites sociales y políticas, además, servía en el intercambio de regalos y comúnmente se contaba entre los otros objetos de valor (oro, plata y similares, 2 Re 20,13). Además, era signo de prosperidad y abundancia (Ez 16,13; Dt 32,13; 1 Re 17,12), de alegría y bienestar (Is 61,3).

El cabello largo y la barba eran un signo de distinción entre los judíos. La barba era un símbolo de veneración y virilidad. Si se recibía a un invitado a cenar, la bienvenida consistía en verter aceite en la cabeza, el cual se deslizaba libremente, pasando por la barba y el cuello, hasta la ropa. El aroma del aceite daba a la habitación una fragancia refrescante. Así ha de ser

el ambiente fraternal en nuestras asambleas: una comunión agradable para todos.

El gesto de ungir la cabeza con aceite es un signo elevado de riqueza, suficiencia, superabundancia y, sobre todo, de placer (Sal 23,5; 141,5). La imagen del aceite corriendo sobre la cabeza y la barba resalta el movimiento y la energía, hipérbole no muy lejana a la expresión de los ríos de aceite de Job (29,6) o la comparación de los ríos con el aceite que fluye, que propone el profeta Ezequiel (Ez 32,14). Además, implica dulce fragancia (Cant 1,3; 4,10). La evocación de Aarón recuerda el inicio del sacerdocio en Israel. Aarón fue ungido por designio divino y su sacerdocio se perpetúa en su decencia (Ex 29,7; Lv 8,12).

“Como rocío que baja del Hermón” (v.3). El nombre Hermón significa “lo que se puede ver desde lejos”. Esta montaña, por su altura, siempre permanece cubierta de nieve, la cual es visible desde muchos kiló-

metros de distancia. La tierra puede ser seca y estéril, pero, gracias a la nieve, “el Rocío del Hermón”, el monte permanece brillante y blanco.

La imagen del rocío sobre las ramas representa una bendición (Gn 27,28; Dt 33,13), pues indica vigor y vitalidad. Es una escena atractiva y, por tanto, digna de celebración: “Israel mora en seguro; la fuente de Jacob aparte brota para un país de trigo y vino; hasta sus cielos el rocío destilan” (Dt 33,28; Zac 8,12). Así como el rocío destila por el monte y fecunda la tierra, la fraternidad fecunda los corazones y da armonía en el trato con los demás.

La comunión en la Iglesia es un don de Dios que baja, se desliza abundantemente como el aceite, dando fragancia a un mundo indiferente. Es también un rocío que fecunda la aridez de los corazones ensimismados e individualizados.

Preguntas para el diálogo

¿Qué significa para ti la expresión: “¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!”? ¿Lo has experimentado alguna vez en tu parroquia, familia o grupo eclesial?

¿Por qué el salmista expresa tanta alegría ante la unidad de los hermanos? ¿Qué realidad vivía el pueblo de Israel que lo llevó a valorar tanto la convivencia fraterna?

¿Cómo experimenta usted la “dulzura” y la “delicia” cuando vive una verdadera armonía con sus hermanos?

¿Nuestra comunidad parroquial es reflejo de esta dulzura de convivir como hermanos? ¿Qué obstáculos vemos hoy en la Iglesia para vivir la comunión auténtica? ¿Qué pasos concretos podemos dar para construir una comunidad que viva esta comunión fraterna?

¿Cómo nos interpela hoy la invitación del Papa Francisco: “Hermanos todos”? ¿Qué puede aprender la sociedad actual, fragmentada e individualista, de esta visión bíblica de unidad? ¿Qué imágenes expresivas –aceite y rocío– se pueden utilizar para hablar de la comunión de los hermanos? ¿Usted es consciente de que la comunión es una de las piedras angulares de la sinodalidad?

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. **¿Qué ME dice el texto? ¿Qué NOS dice el texto?** Aprovecha las líneas para escribir:

Nos confrontamos (*collatio* o confrontación):

¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto? ¿Qué exhortación ofreces para edificar y fortalecer la comunidad?

Comparte con la comunidad, en modo exhortativo, el fruto de la meditación, de manera que todos se sientan edificados, porque llamados a la comunión. Realicemos la participación confirmando la palabra a todos y otorgando a todos la escucha activa.

3. Oramos (*oratio* u oración):

“Se llega sucesivamente al momento de la oración (*oratio*), que supone la pregunta: **¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?** La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia” (VD 87).

Es probable que el autor del Salmo 133 se inspire en la oración litúrgica, durante la cual resplandecía la comunión de los hijos de Aarón (sacerdotes y levitas). Que nuestra comunión se haga oración y la oración alimente nuestra comunión. Escriba una oración personal dirigida a Dios, para pronunciarla en comunión con los demás. Respondemos: ayúdanos a vivir en comunión fraterna, Señor.

4. Contemplamos (contemplatio o contemplación):

“Por último, la *lectio divina* concluye con la contemplación (*contemplatio*), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: **¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?**” (VD 87)

Escriba su respuesta. La contemplación del rostro de Dios como Aquel que dona vida bendita y bendición viva a quienes viven la comunión nos ayude a progresar en la conversión de las relaciones.

“La *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad” (VD 87). **¿Qué acción concreta está dispuesto a llevar a cabo para que la fraternidad exprese la comunión en su comunidad? ¿Usted qué puede hacer para que crezca la comunión en su familia y su comunidad parroquial?**

UNA COMUNIÓN VIVA Y VIVIFICADORA

HCH 2, 42-47

Padre Wiliam Vásquez Alarcón OP

Antes de iniciar:

“En el Pueblo Santo de Dios, que es la Iglesia, la comunión de los Fieles (*Communio fidelium*) es al mismo tiempo comunión de las Iglesias (*communio Ecclesiarum*), que se manifiesta en la comunión de los Obispos (*communio episcoporum*), en razón del antiquísimo principio de que “la Iglesia está en el Obispo y el Obispo está en la Iglesia” (San Cipriano, *Epístola* 66, 8). Al servicio de esta comunión multiforme, el Señor puso al apóstol Pedro (cf. Mt 16,18) y a sus sucesores. En virtud del ministerio petrino, el Obispo de Roma es “principio y fundamento perpetuo y visible” (LG 23) de la unidad de la Iglesia” (DF 18). Escribió San Agustín: “la unidad es la forma de cualquier hermosura” (Ca 18,2).

Conviene ambientar el espacio de encuentro con signos de comunión: ubicarse para el encuentro en círculo y poner al centro pan y vino.

Iniciemos:

“La Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella. A lo largo de toda su historia, el Pueblo de Dios ha encontrado siempre en ella su fuerza, y la comunidad eclesial crece también hoy en la escucha, en la celebración y en el estudio de la Palabra de Dios” (VD 3). Perseveremos también nosotros en la enseñanza de los Apóstoles, que nos llega mediante la Palabra de Dios, y en la comunión que es nota distintiva de la Iglesia.

Invocamos la presencia del Señor con un canto o un himno al Espíritu de Dios. Nos unimos a la oración que rezó el papa Francisco en la plaza de San Pedro el 03 de julio de 2015:

Te adoramos, Dios omnipotente, Hijo y Espíritu Santo, Padre:

Envíanos el Espíritu Santo que Jesús nos ha prometido, Él nos guiará hacia la unidad, Él es el que nos da el carisma, que hace las diferencias en la Iglesia, y también Él nos da la unidad.

Envíanos el Espíritu Santo. Que nos enseñe todo lo que Jesús nos ha enseñado, que nos dé la memoria de todo lo que Jesús ha dicho.

Jesús, Señor, Tú has pedido para todos nosotros la gracia de la unidad; Señor, esta Iglesia que es tuya, no es nuestra, la historia nos ha dividido... Jesús, ayúdanos a ir por el camino de la unidad o por el camino de esta unidad reconciliada. Señor, Tú siempre has hecho todo lo que has prometido, danos la unidad de todos los cristianos, Amén.

1. Leemos (*Lectio* o *lectura*):

La lectura (*lectio*) del texto suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: **¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?** Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos (VD 87)

Leamos o escuchemos el texto sagrado:

Hechos 2, 42-47

42 Y se dedicaban continuamente a la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones.

43 Ante los prodigios y señales que hacían los apóstoles, un sentido de reverencia se apoderó de todos.

44 Los creyentes estaban todos unidos y poseían todo en común.

45 Vendían bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno.

46 A diario acudían fielmente y unánimes al templo; en sus casas partían el pan, compartían la comida con alegría y sencillez sincera.

47 Alababan a Dios y todo el mundo los estimaba. El Señor iba incorporando a la comunidad a cuantos se iban salvando.

Leamos personalmente el texto descubriendo las fibras que lo componen: actitudes, valores, características, prácticas, que constituyen los rasgos del rostro de la Iglesia naciente. Comparte con la comunidad la frase o versículos que te ha llamado la atención. Identifica en el texto las alusiones a la comunión.

2. Meditamos (*meditatio* o *meditación*):

“Sigue la meditación (*meditatio*) en la que la cuestión es: **¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?** Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente” (VD 86).

Para leer el texto:

El libro de los Hechos de los Apóstoles es el segundo volumen del mismo autor (el primero es el evangelio según Lucas), dirigido a un importante interlocutor, el Ilustre Teófilo (Lc 1,3; Hch 1,1), y, al parecer, una obra inacabada. Esto último permite afirmar que tal vez el proyecto era mucho más ambicioso y que el escritor pudo haber tenido en mente elaborar un tercer tomo, que no llegó a redactar, pues por ciertos desaciertos a la hora de componer el libro de los Hechos de los Apóstoles, y por un final poco feliz, quizá obra de algún otro o un añadido tardío, parecería que el autor se alejó del trabajo sin haber concluido del todo la segunda parte y, por ende, tan magna empresa.

Es casi unánime, entre los estudiosos, el considerar a Hch 1,8 como el fundamento del actuar de los apóstoles y el índice del libro; con tan sólo una sencilla lectu-

ra, el lector logra evidenciar que el autor ha querido mostrar que el testimonio de la Palabra se realiza siguiendo un esquema geográfico, aunque con algunos nudos narrativos: desde Jerusalén - Judea (1,12-8,3), pasando por Samaría (8,1.4-40), hasta los confines del mundo (9-28, básicamente con el actuar misionero encabezado por Pablo). Así pues, y de modo general, dentro de esa primera parte, encontramos el prólogo del autor (1,1-2), la despedida de Jesús (1,3-8), la ascensión de Jesús (1,9-11), lo relacionado con la primera comunidad (1,12-2,41), el modo de vida de los bautizados (2,42-47), las acciones de Pedro y Juan (3,1-4,31), el modo de vida de los creyentes (4,32-35), buenas y malas intenciones en la comunidad (4.36-5,11), hechos y peripecias de los apóstoles (5,12-42), injusticias en la comunidad e institución de los diáconos (6,1-7),

pasión del diácono Esteban (7,8-8,1a) y persecución y dispersión de los bautizados al igual que el empalme con la segunda parte del libro (8,1b-3).

Con Hch 2,42-47 el autor desea sintetizar el modo de comportarse de aquellos que habían abrazado la fe y

la forma como se debe vivir en comunidad, colocando elementos que posteriormente volverá a retomar o repitiendo algunos ya mencionados:

2,42a Y se dedicaban continuamente a las enseñanzas de los apóstoles, 2,42b a la comunión, 2,42c al partimiento del pan 2,42d y a la oración.	1,14 Todos éstos estaban unánimes, entregados de continuo a la oración junto con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con los hermanos de Él.
	2,46a Día tras día continuaban unánimes en el templo 2,46b y partiendo el pan en los hogares, comían juntos con alegría y sencillez de corazón,
2,43a Sobrevino temor a toda persona;	5,5b y vino un gran temor sobre todos los que lo supieron.
	5,11 Y vino un gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que supieron estas cosas.
2,43b y muchos prodigios y señales eran hechas por los apóstoles.	5,12a Por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios entre el pueblo;
2,44a Todos los que habían creído estaban juntos	4,32a La congregación de los que creyeron era de un corazón y un alma;
2,44b y tenían todas las cosas en común;	4,32b y ninguno decía ser suyo lo que poseía, sino que todas las cosas eran de propiedad común.
2,45a vendían todas sus propiedades y sus bienes 2,45b y los compartían con todos, 2,45c según la necesidad de cada uno.	4,34 No había, pues, ningún necesitado entre ellos, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían, traían el precio de lo vendido, 4,35 y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y se distribuía a cada uno según su necesidad.

2,46a Día tras día continuaban unánimes en el templo	1,14 Todos éstos estaban unánimes, entregados de continuo a la oración junto con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con los hermanos de Él.	
	5,12b y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón.	
2,46b y partiendo el pan en los hogares, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, 2,47a alabando a Dios		2,42 Y se dedicaban continuamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan y a la oración.
2,47b y hallando favor con todo el pueblo.	4,33b y abundante gracia había sobre todos ellos.	
	5,13b sin embargo, el pueblo los tenía en gran estima.	
2,47c Y el Señor añadía cada día al número de ellos los que iban siendo salvos.	5,14 Y más y más creyentes en el Señor, multitud de hombres y de mujeres, se añadían constantemente al número de ellos.	

El cuadro ilustra el modo como el autor ha empleado el material y la información a su disposición para componer su relato, y la utilización, en varios momentos, de esos datos, a los que considera históricamente ciertos, para animar a sus contemporáneos a vivir de acuerdo con el ideal comunitario primitivo, materializado, aunque tal vez por poco tiempo, pero que, sin embargo, fue suficiente para considerarlo ejemplarizante y digno de imitación por siempre. Los elementos que se desprenden del texto permiten una toma de conciencia de lo que significa ser bautizado, es decir adoptar una nueva forma de ser, y la responsabilidad del cristiano para consigo mismo, pero también frente a la comunidad, consciente de que de su forma de vida depende tanto su salvación como el buen apos-

tolado de la iglesia, que en el fondo no es sino el saber dar testimonio de lo que se profesa.

Así pues, este breve texto muestra todo un itinerario formativo; es decir, un camino catequético desde el inicio, el primer contacto con Jesús, hasta la indicación de cómo debe ser la vida comunitaria de cara a la sociedad, pero no en apariencia sino con la conciencia de que sólo así se evidencia el amor a Dios.

El texto permite ver lo siguiente:

- 1- anuncio de la Palabra y aceptación de la misma para poder ser bautizado (2,41).
- 2- perseverante dedicación a:
 - a. la formación, personal y comunitaria, contenida en la enseñanza de los apóstoles (2,42a);
 - b. la comunión (2,42b).

- i. Los creyentes estaban juntos (2,44a)
- ii. Todo lo tenían en común (2,44b), llegando a vender lo que poseían (2,45a), compartiendo todo (2,45b) de acuerdo a las necesidades, es decir en justicia (2,45c).
- c. la fracción del pan (2,42c). Partían el pan en los hogares y comían juntos con alegría y sencillez de corazón (2,46).
- d. la oración (2,42d). Se mostraban unidos en el templo (2,46a). Alababan a Dios (2,47a).
- 3- despertaban, en todos, el temor (= darle su lugar) a Dios (2,43a). Hallaban favor con todo el pueblo (2,47b).
- 4- los apóstoles hacían muchos signos y señales (2,43b).
- 5- toma de conciencia de que es el Señor quien añade a la comunidad nuevos hermanos, sintiendo que la vida fraterna debe ayudar para la salvación y no para su opuesto (2,47).

En este sentido, este texto, considerado por los especialistas como el primero de los tres grandes sumarios (los otros dos son 4,32-35 y 5,11-16) es una radiografía de lo que debe ser una comunidad de bautizados, tanto en su vida personal, como en su relación con la comunidad y la sociedad, todo ello de cara a Dios.

Para actualizar el texto:

Antiguamente el cristiano debía mostrar, frente a una sociedad mayoritariamente diferente desde el punto de vista religioso, en qué creía y dar cuenta de su fe por medio de su testimonio de vida. El papa Benedicto XVI, en el número 22 de la encíclica *Deus caritas est* (DCE), parafrasea la información proporcionada por dos escritores cristianos de los siglos II y III respectivamente:

“El mártir Justino († ca. 155), en el contexto de la celebración dominical de los cristianos, describe también

su actividad caritativa, unida con la Eucaristía misma. Los que poseen, según sus posibilidades y cada uno cuanto quiere, entregan sus ofrendas al Obispo; éste, con lo recibido, sustenta a los huérfanos, a las viudas y a los que se encuentran en necesidad por enfermedad u otros motivos, así como también a los presos y forasteros. El gran escritor cristiano Tertuliano († después de 220), cuenta cómo la solicitud de los cristianos por los necesitados de cualquier tipo “suscitaba el asombro de los paganos”.

En esta época, y particularmente en nuestro contexto latinoamericano, el número de cristianos es, proporcionalmente hablando, mucho mayor que en los primeros siglos de la Iglesia. Sin embargo, por situaciones que reflejan formas de pensamiento más tendientes a lo individual, los ‘unidos a Cristo’ terminan asumiendo formas egoístas de comportamiento. En ese sentido, el texto de Hechos de los Apóstoles se convierte en un referente a tener en cuenta y en un pasaje que marca el caminar del que ha abrazado, por el bautismo, a Jesús y se ha constituido como miembro de una comunidad que busca hacer del amor el motor de sus acciones.

El cristiano, como también nos lo recordaba el papa Benedicto XVI en el documento ya citado, no surge “por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). El mismo libro de los Hechos de los Apóstoles presenta una síntesis de la vida de Jesús, diciéndonos que “anduvo haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con Él” (10,38). Así pues, ser cristiano hoy significa actuar como Cristo habría obrado, adherirse a una comunidad que tiene como centro el amor, sentimiento que también causa admiración a otros

hasta el punto de provocar el deseo de vivir de esa manera puesto que es la única forma como se le da pleno sentido a la existencia.

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. **¿Qué ME dice el texto? ¿Qué NOS dice el texto?** Aprovecha las líneas para escribir:

Nos confrontamos (*collatio* o confrontación):

¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto? ¿Qué exhortación ofreces para edificar y fortalecer la comunidad?

Comparte con la comunidad, en modo exhortativo, el fruto de la meditación, de manera que todos se sientan edificados, porque llamados a la comunión. Realicemos la participación confiriendo la palabra a todos y otorgando a todos la escucha activa.

3. Oramos (*oratio* u oración):

“Se llega sucesivamente al momento de la oración (*oratio*), que supone la pregunta: **¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?** La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia” (VD 87).

Para orar con el texto:

Dios todopoderoso, cuántas veces hemos olvidado que tú eres quien sostiene nuestra vida y el que nos ayuda a formar comunidad; cuántas veces hemos, tan solo, mirado nuestro propio actuar sin tenerte en cuenta, pensado que todo debe ser hecho a nues-

tra imagen y semejanza o como respuesta a nuestros propios intereses. Te pedimos perdón por todo ello e imploramos tu bendición para que, haciendo nuestras las enseñanzas propuestas por el autor de los Hechos de los Apóstoles, seamos conscientes de que sólo en ti

nuestra vida alcanza su plenitud y de que, teniéndote a ti permanentemente, nuestra vida, personal y comunitaria, será un verdadero testimonio que refleja el amor y el deseo de abrazar a aquél que no cesa de llamarnos y mostrarnos su infinito amor.

En este momento de oración queremos, Padre bueno, que nos ayudes a hacer nuestro un pasaje de la carta a los Filipense, el cual nos muestra a un Jesús modelo perfecto de amor y humildad:

“Por tanto,
si hay algún estímulo en Cristo,
si hay algún consuelo de amor,
si hay alguna comunión del Espíritu,

si algún afecto y compasión,
haced completo mi gozo,
siendo del mismo sentir, conservando el mismo amor,
unidos en espíritu, dedicados a un mismo propósito.
Nada hagáis por egoísmo o por vanagloria, sino que,
con actitud humilde,
cada uno de vosotros considere al otro como más importante que a sí mismo,
no buscando cada uno sus propios intereses,
sino más bien los intereses de los demás.
Haya, pues, en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús...” (2,1-5). Escribe una corta oración, a partir del texto:

4. Contemplamos (contemplatio o contemplación):

“Por último, la *lectio divina* concluye con la contemplación (*contemplatio*), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: **¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?**” (VD 87)

Para contemplar con el texto:

Ser cristiano es adherirse a Cristo, con la consecuente transformación de la propia vida. Ser cristiano supone un morir para poder resucitar con Él. Así pues, ser cristiano es tomar conciencia de que está de por medio una vivencia seria del evangelio; ser cristiano es saberse miembro de una comunidad que desde sus orígenes puso las bases de lo que significa poner en práctica el Evangelio, buscando, en todo momen-

to, tomar conciencia de que la adhesión a Dios trae consigo un testimoniar, de modo real y convincente, que la vida está en función de procurar el bien de los demás.
Frente a la tentación de vivir la fe en Cristo y el compromiso eclesial desde los propios criterios, con los propios parámetros, Hch 2,42-47 nos hace volver la mirada al ideal inicial de Iglesia, para tenerlo como

un referente seguro para la vida y la misión. ¿Qué conversión nos pide el Señor para que nuestras comunidades vivan la comunión como la Iglesia naciente?

“La *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad” (VD 87).

Para actuar con el texto:

En el segundo libro de los Reyes, en el capítulo 4, se narra un esfuerzo por dar de comer a “los hijos de los profetas” en un contexto de hambruna. No es el único caso en el AT, ni mucho menos el sólo ejemplo en toda la Biblia; en el NT, y concretamente en los evangelios, se narra lo relacionado con las multiplicaciones de los panes para alimentar a una gran multitud necesitada de comida (cf., básicamente, Mc 6,30-44; 8,1-10; Jn 6,1-15).

De modo general, y eso lo dan a entender distintos pasajes bíblicos, lo que muchas veces el dinero no puede realizar la caridad lo termina logrando con creces. Hoy, más que nunca, el cristiano debe ser luz en medio de un mundo cada vez más tendiente a la división y al ensimismamiento que convierte al indivi-

duo en el centro de todo, poniéndolo como medida, como la fuente de valores y modos de ser, y como el pleno poseedor de la verdad absoluta.

La adhesión a la comunidad, como consecuencia de la unión con Cristo, debe llevar a buscar el bien común, a mostrar que hay una vida de comunión con Dios y con los hermanos, conscientes de que esa buena y bella forma de vida puede ser atrayente para otros, particularmente para los que se hallan en búsqueda, deseosos de vivir plenamente el don de la existencia. El testimonio de vida fraterna del cristiano, y de ejercicio pleno de la justicia y de la caridad, son, ineludiblemente, el único sello de una real pertenencia a Cristo.

¿Qué acción te comprometes a llevar a cabo para tejer en tu comunidad la comunión esperanzadora?

COMUNIÓN Y EUCARISTÍA

1 COR 10, 14-22

Padre Gabriel Jaime Gómez Gutiérrez

Antes de iniciar:

“El Pueblo de Dios, en camino hacia el Reino, se alimenta continuamente de la Eucaristía, fuente de comunión y de unidad: porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan (1Cor 10,17)” (DF 16). Dispongámonos para este encuentro en torno a la Palabra de Dios, con el texto que nos regala Pablo en su carta a los Corintios, en una circunstancia comunitaria de llamado a la unidad frente a la división. Dejemos que sea la misma Palabra de Dios la que nos trace el horizonte para la comunión entre los hermanos y con los que son distintos.

Conviene ambientar el espacio de encuentro con signos eucarísticos y de comunión.

Iniciemos:

“Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico” (VD 55). Disponde a la proclamación de la Palabra. Pide la gracia de saberlo escuchar con fe.

Invocamos la presencia del Señor con un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede recitar, en común, esta difundida oración del cardenal Verdier:

Oh Espíritu Santo,
Amor del Padre, y del Hijo,
Inspírame siempre lo que debo pensar,
lo que debo decir,
cómo debo decirlo,
lo que debo callar,
cómo debo actuar,
lo que debo hacer,
para gloria de Dios,
bien de las almas
y mi propia Santificación.

Espíritu Santo,
Dame agudeza
para entender,
capacidad para retener,
método y facultad para aprender,
sutileza para interpretar,
gracia y eficacia para hablar.
Dame acierto al empezar
dirección al progresar
y perfección al acabar.
Amén.

1. Leemos (*Lectio* o *lectura*):

La lectura (*lectio*) del texto suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: **¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?** Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos (VD 87)

Leeremos el pasaje de 1Cor 10,14-22:

14 Así pues, queridos, huyan de la idolatría. 15Les hablo como a personas sensatas; juzguen ustedes lo que digo. 16 El cáliz de la bendición que bendecimos,

¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? 17 Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, forma-

mos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan. 18 Consideren al Israel según la carne: ¿los que comen de las víctimas no se unen al altar? 19 ¿Qué quiero decir? ¿Que las víctimas sacrificadas a los ídolos son algo o que los ídolos son algo? 20 No, sino que los gentiles ofrecen sus sacrificios a los demonios, no

a Dios; y no quiero que se unan a los demonios. 21 No pueden beber del cáliz del Señor y del cáliz de los demonios. No pueden participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. 22 ¿O vamos a provocar los celos del Señor? ¿Acaso somos más fuertes que él?

2. Meditamos (*meditatio* o meditación):

“Sigue la meditación (*meditatio*) en la que la cuestión es: **¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?** Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente” (VD 86).

El texto de 1Cor 10,14-22 se enmarca en un contexto amplio de una carta que ha sido dirigida a una comunidad marcada por la división entre ricos y pobres y entre cristianos provenientes del judaísmo y del paganismo, pero también viviendo la experiencia de una ciudad marcada por el culto pagano, primero de Dionisio, luego de Afrodita y finalmente de los cultos místéricos (que ofrecían salvación sin esfuerzo y solo siendo iniciados en un culto especial).

Desde 8,1 hasta 11,1 se habla de manera amplia de las comidas paganas y de la idolatría, pero de manera muy especial, se va introduciendo el tema de la unidad frente a la división y se desarrolla la vida en comunidad bajo tres aspectos fundamentales: El primero es la Cena del Señor (10,14-22 y 11,17-34), que implica una actitud interior en todo lo que se hace, por eso las divisiones en facciones no pueden darse en la cena y eso lleva al relato de la institución de la cena y lo hace en el contexto de la Nueva alianza, lo que implica la vida de los corintios. El segundo aspecto es el de los carismas (13), que debe llevar a la construcción de la unidad y no a la división y finalmente el tercer aspecto es el de la resurrección (15), que se comprende en la asamblea litúrgica que la celebra. La resurrección

de Cristo que se completa y se ramifica hasta llegar a todos los cristianos.

Después de este contexto amplio, podemos entrar al contexto más inmediato (5,1-11,34) que es el del llamado de atención sobre distintos aspectos problemáticos en la comunidad (incesto, pleitos, sexualidad, matrimonio, alimentos, eucaristía, liturgia). Aquí Pablo trata de resolver preguntas y llama la atención sobre la conducta de la comunidad.

Ya en el texto más específico que se nos presenta para este encuentro (10,14-22), aparece un tema candente en una comunidad que ha venido teniendo posturas sincretistas y ha mostrado no tener el suficiente discernimiento para clara identidad cristiana frente a las prácticas paganas. El mundo pagano había hecho habitual que los cultos idolátricos estaban acompañados de comidas (llamadas idolotitos) y que de alguna manera hacían parte del culto porque eran banquetes que se ofrecían en función de los ídolos y creaban una comunión con el ídolo.

Muy seguramente los corintios han tenido la tentación de continuar con los banquetes o participar de ellos y a la vez participar de la Eucaristía, por eso Pa-

blo les hace hincapié sobre el tema de comunión con Cristo en su Cuerpo y en su Sangre, de tal manera que se necesita un discernimiento claro que lleve a la comunión entre los hermanos y con Cristo al participar de la Cena del Señor, sin peligro de elementos que distraigan de lo que realmente es importante.

La verdadera comunión con Cristo en la comunidad rompe todo tipo de participación en cultos extraños e idolátricos, así sea de manera parcial.

Para los cristianos de todos los tiempos, la comunión fraterna se fortalece en la unidad en Cristo y no en elementos humanos ni mucho menos en promesas vanas que aparecen en el camino.

El versículo 16 contiene la primera mención de la Eucaristía en la literatura cristiana y llama la atención que la palabra “comunión” se halle en dos ocasiones. Se afirma que la Eucaristía establece comunión vertical con Cristo. Mediante dos preguntas retóricas, el Apóstol afirma que el cáliz de la bendición que se bendice en la celebración litúrgica es comunión, no con el vino, sino con la sangre de Cristo, es decir, con la vida misma de Cristo. El pan que se parte en la celebración litúrgica es comunión, no con un pan, sino con el cuerpo de Cristo.

El versículo 17 enseña que la Eucaristía, no sólo crea la comunión con Cristo, sino que, en Cristo, gene-

ra la comunión horizontal con los demás. Así, siendo muchos, somos un solo cuerpo, gracias a que en la Eucaristía compartimos el pan de Dios que es Cristo mismo. Por ello, escribió San Ignacio de Antioquía, padre de la Iglesia: “en concordia estable, partiendo el único pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir par siempre en Cristo Jesús” (IEf 20,2).

“En el contexto de la eclesiología conciliar del Pueblo de Dios, el concepto de comunión expresa la sustancia profunda del misterio y de la misión de la Iglesia, que tiene en la celebración de la Eucaristía su fuente y su culmen, es decir, la unión con Dios Trinidad y la unidad entre las personas humanas que se realiza en Cristo por medio del Espíritu Santo” (DF 31).

Para ayudar a asumir este texto en la vida puede ser útil preguntarnos:

- 1. ¿Tengo claridad sobre la identidad de mi fe cristiana y lo que significa la eucaristía en esa identidad?
- 2. ¿Vivo mi celebración de la Eucaristía en comunión con los demás o siento que es sólo una relación mía con el Señor?
- 3. ¿Qué me dice hoy esta Palabra en mi vida concreta y en mi comunidad?

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. **¿Qué ME dice el texto?** **¿Qué NOS dice el texto?** Aprovecha las líneas para escribir:

Nos confrontamos (*collatio* o confrontación):

¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto? ¿Qué exhortación ofreces para edificar y fortalecer la comunidad?

Comparte con la comunidad, en modo exhortativo, el fruto de tu meditación, sobre la relación entre comunión y Eucaristía. Realicemos la participación confiriendo la palabra a todos, para compartir sus reflexiones breves, y otorgando a todos la escucha activa.

3. Oramos (*oratio* u oración):

La Iglesia se reúne como comunidad fraterna en torno a la oración, la caridad y la Fracción del Pan, que fortalece y da vida a la comunión. Oremos ahora para que esta Palabra se haga vida en cada uno y en la comunidad en torno a la Eucaristía. ¿Qué le dices a Dios a partir del texto?

4. Contemplamos (*contemplatio* o contemplación):

Pablo exhorta a la comunidad en torno a la comunión en la fraternidad. Nos dice: “formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (10,17) ¿Qué imagen de comunidad presenta el texto? ¿Qué debe garantizar la unidad?

“La *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad” (VD 87).

¿Qué acción concreta propones para que la vida eucarística de tu comunidad fortalezca la vivencia de la comunión?